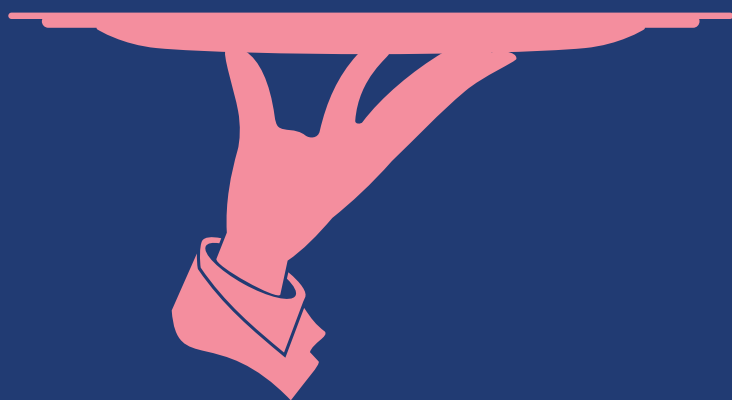


«Describe con minuciosidad la compleja relación entre las grandes fortunas
y su servicio doméstico.» *Le Monde*

ALIZÉE DELPIERRE

SERVIR A LOS RICOS



**UNA MIRADA CRÍTICA
A LA INTIMIDAD DE LA ÉLITE
SOCIAL Y ECONÓMICA**

Servir a los ricos

Una mirada crítica a la intimidad de la élite social
y económica

Alizée Delpierre

Traducción de Palmira Feixas

Título original: *Servir les riches. Les domestiques chez les grandes fortunes*

© Editions La Découverte, París, 2022

Obra publicada originalmente en la colección *L'envers des faits*,
dirigida por Paul Pasquali y Fabien Truong.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Primera edición: marzo de 2025

© de la traducción del francés, Palmira Feixas Guillaumet, 2025

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2025

Ediciones Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Impresión y encuadernación: Limpergraf

Depósito legal: B. 3.600-2025

ISBN: 978-84-1100-341-4

Printed in Spain - Impreso en España



Índice

Prólogo a la edición española	11
Introducción	17
1. El sueño de las sirvientas	45
2. Lo que quieren los ricos	67
3. Un buen partido	95
4. Cuerpos en el trabajo	123
5. El derecho a explotar	155
6. Quedarse o marcharse	179
Conclusiones	209
Agradecimientos	221
Notas	225

El sueño de las sirvientas

«¿Me ve bien? ¡Hace tanto sol!» En la pantalla del ordenador, me cuesta distinguir el rostro de Marius, que intenta orientar mejor su *smartphone* para que pueda verlo. En realidad, desde el comienzo de nuestra videollamada por Skype, mi mirada no deja de escrutar el paisaje que lo rodea. Un sol radiante, desde luego, pero sobre todo palmeras, una sombrilla de colores y, a lo lejos, el mar. Y no cualquiera: unas aguas turquesas que bañan una playa de arena clara. «¡Qué buen tiempo hace allí!», le digo en inglés, que es su lengua de trabajo. Cuando por fin consigue instalarse debajo de la sombrilla, Marius me observa y comenta, con cierta ironía, que llevo un forro polar, mientras que él viste una simple camiseta. «¡Así es el mes de diciembre en las islas Seychelles!», bromea.

Hace más de diez años que Marius no pasa un mes de diciembre frío, con lluvia o nieve. Se ha acostumbrado a los inviernos a más de 25 grados y a que la decoración navideña cuelgue de la barandilla de las piscinas al aire libre, donde le gusta tomarse un champán «realmente caro». Nueva Caledonia, Isla Mauricio o San Bartolomé son algunos de sus últimos destinos. «Las Seychelles no están mal, pero no son mis islas favoritas», confiesa, demostrando que es un gran conocedor de esos destinos. «A fuerza de vivir en el paraíso, ¡te vuelves muy exigente!»

¿Quién se cree a un sirviente que dice que vive en el paraíso? Marius no exagera en absoluto. Como inmigrante rumano pobre, que llegó a Francia a los dieciocho años, hijo de un dependiente y de un ama de casa, jamás se hubiera imaginado que a los cincuenta y cinco años pasaría la Navidad bañándose en el océano Índico. Jamás se hubiera imaginado ese paraíso cuando encadenaba trabajillos mal pagados en obras, mandaba sus escasos ahorros a su mujer y dormía debajo de un puente en España, atenazado por el miedo a ser deportado a Rumanía en cualquier momento. La primera vez que vio el mar, apenas pudo acercarse al agua. Fue en Creta. Tenía veintitrés años y trabajaba todos los días, sin descanso, en la construcción de un hotel de lujo. En aquella época, comer, tener un techo y poder asearse le parecía un verdadero privilegio, a pesar del agotamiento, de cobrar un sueldo misérrimo y de la falta de perspectivas laborales. Ahora que ha cumplido ese sueño, se ríe de haber fantaseado tanto con bañarse en las piscinas que construía con sus propias manos. Cada mañana, Marius se zambulle en una piscina o en el océano Índico. Como gana 12.000 euros al mes, a veces hasta 16.000 con incentivos, de vez en cuando se da el placer de tomarse una botella de champán cuyo precio supera el sueldo mínimo interprofesional. Mientras me habla de su trayectoria profesional y de su vida actual, no deja de mostrar admiración y agradecimiento por su patrón, un acaudalado director ejecutivo del CAC 40 a quien acompaña a todas partes. Como asistente suyo, Marius organiza todos sus desplazamientos, gestiona su agenda profesional y personal, y dirige a un equipo de sirvientes. En cierto modo, ambos tienen algo en común: la sensación de haber triunfado en la vida.

El panorama que pinta Marius durante nuestra primera entrevista virtual se asemeja al de otras conversaciones que mantuve a lo largo de mi investigación. Algunos sirvientes

protagonizan un ascenso social parecido y también llevan una vida lujosa. Pese a su singularidad, esas historias reflejan el carácter azaroso y salvífico que tiene para ellos el hecho de introducirse en el universo de los ricos. Esos hombres y esas mujeres se consideran afortunados de ser sirvientas, describen su cotidianidad como algo maravilloso y muy atractivo, algo que explica, en parte, su devoción por su trabajo.

VIVIR EN EL PARAÍSO

En todas mis entrevistas, el servicio doméstico no dejó de pronunciar las palabras «paraíso», «maravilloso», «increíble», «sueño» e incluso «suerte». No es de extrañar. Frente a los sociólogos, mucha gente se muestra de manera positiva y procura no compartir nada que pueda empañar esa impresión.¹ Esa manera de presentarse pretende «salvar las apariencias» y, al mismo tiempo, no incomodar a los interlocutores, con el propósito de no arruinar la interacción que se está produciendo. Para las sirvientas, esa postura es una forma de ordenar y de dar sentido a una vida heterogénea, al decantarse por una actitud positiva que las ayuda a hacer de la necesidad virtud.² Sin embargo, la insistencia con la que las sirvientas idealizan su vida y su trayectoria resulta muy llamativa. No se reduce a un simple discurso de cara a la galería. Al principio de mi investigación, dudaba entre dos interpretaciones: o bien tienen mucho que ocultar o bien viven en el «paraíso», efectivamente. La respuesta es ambivalente.

Ese paraíso es, en primer lugar, geográfico. Como sirven a familias que viajan muy regularmente por trabajo y por ocio, las sirvientas se desplazan varias veces al año por diferentes países, ciudades y culturas. Aquellas que, como Marius, sirven a empleadores cuya fortuna es reciente in-

cluso emprenden viajes intercontinentales. Esos patrones, que ejercen de corredores de bolsa, de banqueros de negocios, de directores ejecutivos, de directivos, de magistrados o de marchantes de arte, llevan una vida muy cosmopolita: viven entre Francia y otro país europeo o americano, y poseen varias propiedades en distintos lugares del mundo, a menudo en la costa o en islas. Los más ricos de entre ellos, multimillonarios o milmillonarios, tienen una o varias sirvientas contratadas a tiempo completo en cada una de sus casas. Es el caso del señor de Marius: cuenta con tres sirvientas en su piso de Nueva York, cinco en su casa de la Costa Azul y trece en la de las Seychelles. Una vez al año, durante las fiestas navideñas, todo su servicio doméstico se reúne en las islas Seychelles. Entonces las sirvientas descubren los lugares de los que se apropian y privatizan los ricos, de la manera más exclusiva. Sin dejar de estar a su servicio, las criadas tienen el privilegio de introducirse en esos enclaves lujosos, convertidos en bastiones de las familias multimillonarias internacionalizadas.³

Vivir en el paraíso también significa, para las sirvientas, tratar a diario con personas que consideran por encima de ellas. La superioridad de sus señores se debe a varias razones: su riqueza, su posición social y profesional, así como la posibilidad —si fuera necesario— de vivir de sus rentas y de su herencia sin necesidad de trabajar. Pero también, en un sentido más amplio, a la autoridad que desprenden su estatus y sus gustos. En estos dos elementos hace hincapié Fatou, una francesa de treinta y seis años, casada con un mecánico y madre de cinco hijos, nacida en Mali, hija de un pequeño comerciante y de un ama de casa muy humildes, que llegó a Francia a los trece años. Cuidadora a domicilio titulada, hoy en día trabaja como «chica para todo» en una casa de postín situada al oeste de París, donde me reúno con ella.

—Pronto hará un año que trabajo para ellos, pero es verdad que... todavía me cuesta hacerme a la idea de que trabajo para gente tan importante, que tiene dinero, quiero decir, y títulos.

—¿*Títulos*?

—Sí, son de la nobleza, sí. Hay un conde, ¿sabes?, a veces se hace llamar «señor conde» y su mujer, «señora condesa». Aunque no lo parece, bueno, sí, tienen una casa grande, [...] pero dentro no es... yo pensaba que estaría llena de... no sé [*se ríe*], de oro y de... cosas de ricos, ¿sabes? Pero en realidad es muy sencilla. Es... ¿cómo decirlo?, un estilo clásico, sí. Pero un estilo clásico caro. Muy caro, me di cuenta enseguida, porque la señora me decía que los objetos eran muy preciosos y que no se me podían romper, y luego busqué esas cosas en internet, por curiosidad, y vi que algunas eran muy caras. Y también tienen cosas raras, que no se encuentran en ninguna otra parte. Por ejemplo, tienen objetos de plata de... de la época de... de hace muchísimo tiempo y, además, con sus iniciales grabadas. Eso demuestra que, realmente, es una gran familia. Bueno, para mí, es impresionante. Me intimida un poco.

La entrevista con Fatou tiene lugar en el salón de la casa de sus señores, que pertenecen a la nobleza francesa. Apenas lleva un año a su servicio, de ahí la mezcla de fascinación y de temor que confiesa sentir. Ese día, solo me muestra el salón y la cocina. Como no puede recibirme en el pequeño apartamento donde viven sus hijos y su marido, me propone reunirnos en casa de sus señores, aprovechando su ausencia, con la condición de que permanezcamos en el salón y de que no divulgue su dirección ni su identidad. Encontrar un lugar y un horario adecuados para conversar con las sirvientas no es nada fácil. Todas ellas trabajan muchísimo. Como Fatou, tres cuartas partes de las sirvientas a las que entrevisto se alojan en una habitación en casa de sus patrones, disponen

de un pequeño estudio en su propiedad o viven en una calle muy cercana. Esa proximidad con sus empleadores reduce considerablemente el tiempo libre de las criadas. Eso sí, me permite ganar tiempo para la entrevista, dado que las sirvientas siempre están en el mismo lugar, tanto de día como de noche. Para mí, es ideal: al reunirme con ellas en casa de sus señores, accedo a su lugar de trabajo, al espacio donde se desarrolla su vida y la de las grandes fortunas. Insisto en mantener la reunión allí, aunque no siempre consigo convencerlas de que la entrevista sea *in situ*. Mi objetivo no es ponerlas en una situación difícil con sus patrones. Las sirvientas más reticentes me proponen charlar en un parque, en los bancos de una iglesia o por teléfono. Aquellas cuya confianza me he ganado me abren las puertas de la casa de sus señores cuando estos no están. Algunas les piden permiso para recibirme, como Fatou. Otras, más confiadas, con mucha experiencia y que llevan años trabajando para los mismos patrones, no les dicen nada. En cualquier caso, siempre son las sirvientas las que marcan sus límites; por mi parte, respeto el secreto de las casas a las que me invitan y observo cómo se sienten ellas durante la entrevista. Mientras conversamos, Fatou se disculpa varias veces por no poder enseñarme toda la casa. Tras dos horas y media de charla, no insisto. Sus señores volverán dentro de una hora y ella debe reanudar el trabajo y recobrar la calma tras las emociones que la han asaltado al reflexionar sobre su cotidianidad.

A diferencia del patrón de Marius, los de Fatou heredaron una fortuna amasada a lo largo de varias generaciones, que les permite mantener un gran castillo. Nuestra entrevista estuvo presidida por una vieja litografía del castillo, colgada encima de nuestras cabezas, en medio de una galería de retratos de los antepasados de su señor. «A veces me siento como si estuviera en el Louvre», susurra Fatou, bromeando.

Aunque no parece ser consciente de ello, sus palabras revelan que ya se ha apropiado de ese pequeño museo privado: la expresión «buena familia» procede del lenguaje aristocrático, designa al mismo tiempo la estética, la riqueza y el valor social de sus patrones. Los sociólogos Michel Pinçon y Monique Pinçon-Charlot han explicado perfectamente qué significa la bondad en la nobleza: una «buena persona», un «buen barrio», una «cosa buena» forman el «buen gusto» de los aristócratas.⁴ Los objetos de plata, el estilo clásico y la sobriedad lo reflejan. Fatou se ha familiarizado con ese buen gusto, que al principio le resultaba de lo más incomprensible. Sin embargo, al cabo de poco reconoce que, de hecho, las butacas, los cuadros, las lámparas, así como los menús, la manera de vestirse, de hablar o incluso los amigos de sus señores no le entusiasman. «No tenemos los mismos gustos, pero sé que son gente excelente», resume, refiriéndose a los vecinos de sus señores, a quienes invitaron a cenar la víspera.

Las sirvientas, pues, están convencidas de que el buen gusto de sus patrones es superior al de cualquiera. Eso no significa que valoren lo mismo que ellos: a menudo tienen un juicio negativo sobre su mobiliario o sus objetos artísticos, de los que no comprenden ni la calidad estética ni la utilidad. La jerarquía que establecen las sirvientas entre su propio gusto y el de sus señores ilustra hasta qué punto adoptan —a menudo, a su pesar— el de las clases dominantes, una muestra de violencia simbólica.⁵

Por último, vivir en el paraíso también significa poseer un poco del dinero que circula por allí. No todo el servicio doméstico tiene el mismo sueldo que Marius, pero es habitual ganar entre 2.000 y 3.500 euros mensuales siendo *nanny*, cocinero, chófer e incluso «chica para todo» o lavandera con cierta experiencia. Bastante más que el sueldo medio francés, que ronda los 1.790 euros. Además, las sirvientas

gozan casi sistemáticamente de ventajas en especie. En su trabajo actual, Fatou gana 2.200 euros mensuales, más un incentivo anual de 600 euros, en Navidad. Durante toda la semana, recibe alojamiento, comida y aseo. Un mes antes de nuestra entrevista, sus señores la obsequiaron con unas vacaciones de tres días en los Alpes —antes, jamás había ido a la montaña—. Si ella o sus hijos tienen gastos médicos, sus patrones se hacen cargo de ellos. Por eso pudo ir al dentista, algo que siempre había ido postergando, por falta de medios. Cuando sus señores se van de vacaciones sin ella, siempre regresan con algún regalo. Durante la entrevista, aprovecha para abrir una lata de té verde que le trajeron de Japón, que contiene uno de los mejores *sencha* del mundo. Por añadidura, varias veces al mes, su señora y la hija de esta, de veintiún años, le dan prendas de ropa o accesorios de los que desean desprenderse. Fatou los ordena en un estante aparte del armario de su dormitorio. Allí tiene dobladas una docena de blusas, junto a tres fulares de seda colocados en una cajita forrada de tela. Me los enseña con gestos de una delicadeza que trasluce el valor emocional que tienen para ella «esos preciosos regalos», tal y como los llama. Al igual que Fatou, numerosas criadas alaban la generosidad de las personas a las que sirven. Esos regalos ponen en valor su trabajo y contribuyen a despertar un gran agradecimiento hacia aquellos que les ofrecen algo más que un sueldo: una vida de ensueño.

Para Fatou, esos regalos reflejan, ante todo, la satisfacción de sus patrones, que desean agradecerle todo lo que hace por ellos. Colmar de regalos al servicio doméstico y proporcionarle ventajas en especie (como el alojamiento) no es algo propio de los empleadores muy ricos, ni de las sirvientas francesas, ni constituye una práctica reciente. La socióloga Judith Rollins, que en la década de 1980 llevó a cabo una investigación sobre la relación entre las señoras de la

limpieza negras y las patronas blancas de clase media estadounidense, subrayó hasta qué punto se trataba de una práctica muy extendida.⁶ En numerosos contextos, los regalos y el alojamiento incluso sirven de argumento a los patrones para reducir el sueldo del servicio doméstico, tal y como constató Dominique Vidal durante su investigación en torno a las criadas de Río de Janeiro en la década del 2000.⁷ Sin embargo, lo que distingue las ventajas en especie que conceden los multimillonarios a su servicio doméstico es su valor económico y su frecuencia. Entre los gastos médicos, el alojamiento, la manutención, las vacaciones, los regalos, el sueldo y los incentivos, las sirvientas tienen una situación particularmente privilegiada en lo financiero y lo material. Desde luego, los regalos de algunos ricos son epatantes: bolsos y joyas de lujo, estancias en palacios, masajes, costosas operaciones médicas, sumas de dinero para la familia de las sirvientas e incluso, a veces, motos y coches. Para los ricos, se trata de gastos ínfimos, habida cuenta de su capital, pero para las sirvientas, que disfrutaban esos regalos, los ofrecen a su vez o en ocasiones los revenden, representan muchísimo dinero.

Vivir en el paraíso, pues, no solo significa estar en contacto con el dinero y cosas bonitas, sino también gozar de una parte. Esa es la razón por la cual el servicio doméstico resulta tan atractivo cuando consiste en servir a ricos, no a la clase media o a pobres. Marius dejó su puesto de albañil para ser sirviente particular del inversor del hotel de lujo que estaba construyendo en Creta, a cambio de una serie de ventajas. Ningún otro trabajo a su alcance le habría procurado tantas. Hace quince años, Fatou renunció a su puesto de cajera para entrar al servicio de una familia de alto copete que vive en el distrito XVI de París, porque le prometieron un sueldo bastante más alto y alojamiento gratuito, cómodo y, además, en un buen barrio.

HACER CARRERA

Cuando cuentan cómo empezaron a servir a los ricos, las criadas siempre confiesan que, sobre todo, las atrajo «el dinero que podían ganar», como dice una de ellas. La abundancia y la variedad de potenciales ganancias económicas suelen determinar esa clase de carreras profesionales tan peculiares. En otros sectores, las sirvientas están condenadas a desempeñar trabajos mal pagados, inestables, sin posibilidad alguna de ascender, así como a ir y venir constantemente entre varios puestos. En Francia, las señoras de la limpieza suelen trabajar a tiempo parcial, «a pedacitos», es decir, en horas sueltas en casa de diferentes patrones.⁸ Esos empleos les parecen algo transitorio, no desean dedicarse al servicio toda la vida. En contextos donde los puestos a tiempo completo en casa de un solo patrón son más corrientes y los ocupan personas socialmente desfavorecidas durante gran parte de su vida, no por ello su carrera es más gratificante. Por ejemplo, en Costa de Marfil, las muchachas entran al servicio de las clases medias de Abiyán desde la más tierna infancia, con perspectivas profesionales muy limitadas, como parte del servicio doméstico o en otros puestos.⁹ Por el contrario, las sirvientas de los multimillonarios tienen muchas posibilidades de promoción, a menudo espectaculares. Pueden ascender de rango o bien especializarse a medida que adquieren experiencia.

El caso de Violette lo ilustra a la perfección. Violette tiene treinta y seis años, como Fatou. Francesa, hija de un obrero y de una cajera, es esteticista titulada y madre de dos hijos. Ejerce de doncella en casa de un corredor de bolsa y de una diseñadora de sombreros en las afueras de París, al oeste de la capital. Charlamos tomando un café en el valle del Oise (al norte de París), donde su marido, fontanero de

profesión, tiene muchos familiares y amigos. Violette lleva ocho años sirviendo a ricos y considera que ya ha hecho carrera. Esteticista, señora de la limpieza y luego doncella. En su caso, todo fue muy deprisa.

—Antes trabajaba como esteticista, ¡hasta que se me abrió la puerta haciéndole la manicura a una señora que venía muy a menudo! [*Risas.*] Aquella señora tenía un castillo bastante cerca... no un castillo en el Loira, pero casi. [*Risas.*] Cuando no estaba allí, vivía en París. Un día me preguntó si tenía ataduras. Sí, en aquella época tenía un crío, además de mi marido. Me dijo cuánto podría ganar en París si trabajara para ella. Al principio, no lo entendí, hasta que me lo explicó bien. Me propuso un trato: si aceptaba ser su señora de la limpieza, en su casa, todos los días, nos ayudaría a encontrar un alojamiento para mi marido, mi hijo y yo. Y un curro para mi marido. Me ofreció 2.300 euros. En negro. Sin impuestos, claro. La verdad es que no nos lo pensamos mucho. En el centro de estética ganaba una miseria, mi marido ya no se llevaba bien con su jefe, así que nos marchamos... enseguida, de hecho. ¡Fue un poco una aventura! Le hacía la manicura prácticamente día sí día no. Y me pedía que me encargara de las tareas domésticas... que planchara, también. Que cocinara. En realidad, hacía un poco de todo.

—¿Y cuánto tiempo estuviste en su casa?

—Pues creo que dos años. Luego todo se fue encadenando. Ella se mudó definitivamente al Loira y yo me quedé en París trabajando para su hija. Allí dirigía a otra señora de la limpieza. [...] Empecé a ser conocida en el barrio. Después curré para su prima, porque su hija se marchó a la Costa Azul... Era su doncella. [...] Desde entonces he sido doncella de todas las demás señoras. Les gusta mi manera de trabajar, curro bien y mucho. ¡Ojalá pronto llegue a mayordoma!

En la actualidad, Violette gana 5.600 euros al mes, sin incentivos. Trabaja en equipo con una chica para todo, una cocinera y un chófer, a quienes dirige. Tiene la esperanza de llegar a ser mayordoma, uno de los puestos más altos de la jerarquía doméstica. De hecho, ya tiene un plan: entrar al servicio de una pareja de amigos de sus patrones, que unos meses antes de nuestra entrevista le propusieron ejercer de mayordoma, a la cabeza de un equipo de nueve sirvientas, en la Costa Azul. Esa oferta revela una de las condiciones necesarias para la movilidad laboral de las sirvientas: tener una buena red de contactos. En sus ocho años al servicio de multimillonarios, Violette se ha creado una agenda muy nutrida: desde el conserje de la escuela privada de sus dos hijos hasta el director de un club náutico de la Costa Azul, pasando por la florista habitual de sus señores o incluso sus amigos gestores financieros, marchantes de arte, directores generales y artistas. El capital social acumulado en el universo de los ricos brinda a las sirvientas la posibilidad de acceder a puestos más altos y mejor pagados que el anterior. Siempre que ha cambiado de empleadores, Violette ha ido ascendiendo profesionalmente y ha conseguido un sueldo y unas compensaciones en especie cada vez más ventajosas.

Precisamente el hecho de que existan puestos jerarquizados y especializados al servicio de los ricos permite hacer carrera. Una sexta parte de las criadas que conocí sirven ellas solas a sus señores, es decir, son polivalentes. Las demás trabajan en equipo en una misma casa: casi el 70 por ciento tienen entre una y seis colegas. El 30 por ciento restante tienen entre siete y varias decenas de colegas. La pluralidad de perfiles del servicio doméstico explica esa división del trabajo, que se acentúa a medida que aumenta el número de sirvientas. Mientras que algunas empiezan su carrera siendo polivalentes y encargándose principalmente de la limpieza,

otras empiezan en un puesto especializado, a cargo de una tarea muy concreta. En la mayoría de los casos, van aprendiendo y desarrollando competencias muy buscadas en un ámbito en particular, hasta el punto de hacer carrera como chófer privado, *nanny* o cocinero, por ejemplo.

En mi primera conversación larga con Solal, un cocinero particular, me impresiona su recorrido y el renombre que ha adquirido en el distrito parisino burgués donde trabaja. Nos cruzamos en el patio de un palacete donde acabo de entrevistar a su señora; me propone hacerle compañía en la cocina mientras lleva a cabo algunos preparativos y acabamos charlando durante más de tres horas. Solal tiene treinta y cuatro años, nació en Israel y vive en Francia desde los ocho. Nada más llegar, sus padres, charcuteros de profesión, abrieron una tienda *kosher* en la periferia norte de París, donde Solal trabajaba los fines de semana durante la adolescencia. En la actualidad, lleva doce años siendo cocinero en un palacete: empezó de ayudante, antes de convertirse en el jefe de un equipo de cuatro cocineros. Se describe como un simple *pizzaiole* que un día tuvo la suerte de ser contratado por unos acaudalados aristócratas ingleses, propietarios de varias grandes fincas vinícolas en Francia y el Reino Unido. Uno de sus amigos de aquella época era el chófer de una familia vecina. Fue él quien presentó a Solal al mayordomo de sus actuales patrones. De nuevo, se manifiesta la fuerza de la red de sirvientes que ya tienen un puesto de trabajo, una red que puede beneficiar a su entorno. Solal, a su vez, ya ha elegido a un pinche de cocina. En el futuro, desea dirigir un equipo más grande: con el respaldo de su fama en el barrio, cree que logrará convencer a sus señores de «subir un nivel», como dice él. Quiere aprovechar la boda de su nieta para demostrarles todo lo que podría hacer con un equipo más numeroso.

A medida que converso con distintos aristócratas del barrio de ese palacete, me doy cuenta de que todos ellos conocen a Solal, dado que la mayoría han compartido mesa y mantel con sus señores. Todas sus sirvientas también lo conocen. Para ellas, Solal encarna un ideal de carrera y de ascenso social. Con el propósito de resaltar las numerosas ventajas de servir a los ricos, a menudo las sirvientas convierten la carrera de una de ellas en un modelo. Las historias sobre esos modelos circulan por un perímetro circunscrito —un barrio, un edificio, una ciudad o incluso una región—, se cuentan a todas las recién llegadas y contribuyen a crear la *illusio* del servicio doméstico,* que explica por qué esas sirvientas tienen tantas posibilidades de «caer en el juego, ser atrapadas por el juego, creer que el juego merece la pena». ¹⁰ En el servicio doméstico, ese juego tiene varias reglas y recompensas, que se abordarán en profundidad a lo largo de los próximos capítulos. Hacer carrera es una de esas recompensas, que alimenta numerosas fantasías, incluso por parte de personas con estudios reglados que ya han alcanzado una vida profesional estable y bien remunerada. En efecto, entre los cocineros particulares se encuentran excamareros y excocineros de restaurantes de lujo, exjefes de *catering* y expasteleros, con estudios de formación profesional o en escuelas de cocina. No solo desean trabajar para ricos por interés económico —cobran más—, sino por prestigio, dado que entonces sus habilidades son objeto de alabanzas y reconocimiento por parte de gente que, a su juicio, es la personificación misma del refinamiento, del que su cocina también participa. El servicio

* Pierre Bourdieu acuña el concepto de *illusio* partiendo del ejemplo del universo artístico e intelectual, donde lo que impulsa a jugar al juego es más simbólico que material (ser conocido y reconocido, defender unos valores).

doméstico, pues, constituye una vía de promoción para profesionales de otros sectores, que validan así sus competencias gracias a la aprobación de los ricos. Al mismo tiempo, esos profesionales contribuyen a reforzar la excelencia social de los ricos.

El servicio doméstico también alimenta las aspiraciones de titulados varios, que empiezan discretamente en puestos de mayordomo o de asistente personal. Entre las sirvientas que he conocido, casi la mitad tienen estudios reglados, que van desde la formación profesional hasta un máster. Del conjunto, casi una cuarta parte tienen un grado universitario de tres años o incluso un máster, obtenido en escuelas de hostelería y de restauración, de negocios y de comercio, o de puericultura y pedagogía. Desde luego, resulta muy llamativo, habida cuenta de que, en el sector de los servicios personales, en Francia, menos de uno de cada diez trabajadores cuenta con estudios superiores.¹¹ El universo de los multimillonarios, pues, concentra a las sirvientas diplomadas, que pretenden entrar a su servicio con la esperanza de prosperar más que en otra parte.

Esa *illusio* del servicio doméstico está especialmente acentuada entre las sirvientas procedentes de clases populares inmigrantes. Alimenta las ilusiones y el sueño del ascenso social que supuestamente promete la migración a un país rico.¹² Cuando presentan su trayectoria, esas sirvientas hacen hincapié en el orgullo que les procura haberse vengado socialmente de todas las penalidades que tuvieron que sufrir sus padres. Entre líneas, lamentan el racismo estructural que impera en Francia y se oponen al estereotipo de la inmigrante caradura que no quiere trabajar.¹³ Nacidas en el extranjero o hijas de inmigrantes, en su mayoría racializadas, se han labrado una trayectoria que demuestra su esfuerzo, reconocido y consagrado por los ricos.

«MIS PATRONES ME HACEN CRECER»

Una carrera al servicio de ricos aún resulta más atractiva si se trata de patrones pudientes dispuestos ayudar a sus sirvientas a prosperar. En varias ocasiones, Marius expresa su agradecimiento a sus señores por haberle transmitido conocimientos y habilidades que, si no, jamás habría aprendido: hablar un inglés casi perfecto, saber vestirse en función de las circunstancias, adoptar una actitud y una mirada adecuadas, buenos modales y, sobre todo, saber ahorrar e invertir el dinero. En la actualidad, Marius es propietario de varios bienes inmobiliarios, entre los que destaca un apartamento en Nueva York, donde vive con su mujer. Lo compró siguiendo los consejos de su señor, que lo acompañó a visitar varios pisos e incluso negoció el precio con un amigo director de una agencia inmobiliaria. Así, Marius pudo beneficiarse de la mundología de su señor y familiarizarse con algunos de los desafíos de las grandes fortunas: gestionar su capital, maximizar sus ganancias, hacer compras juiciosas, ahorrar y otros elementos definitorios de un estilo de vida que las sirvientas aprenden de sus ricos empleadores.¹⁴ Se inspiran en las decisiones de sus señores y les piden consejo, aunque sus recursos sean mucho más reducidos.

Recuerdo una frase que pronunció Solal mientras charlábamos en la cocina: «Mis patrones me hacen crecer». Expresa clarísimamente cómo se sienten muchas sirvientas al formar parte de la cotidianidad de los multimillonarios. Al servirles la comida, ellas descubren nuevos alimentos, nuevos platos y nuevas reglas nutricionales. Al plancharles la ropa, al ayudarlos a vestirse, al tocar los tejidos sedosos de los manteles y las sábanas, al quitar las manchas de los bordados, las sirvientas aprenden a reconocer los tejidos de ca-

lidad y a identificar qué es de buen gusto. Al observar cómo sus patrones interactúan con los demás, las expresiones de su rostro, su manera de saludar o de sentarse, las sirvientas aprenden un sinfín de códigos sociales que les permiten sentirse cómodas en eventos sociales. Al acompañarlos a exposiciones o a conciertos, al encargarles libros, al apuntarles al boletín de novedades de la ópera, al quitar el polvo de sus cuadros, estatuas y vitrinas, acceden a la cultura histórica y artística dominante. Asimismo, las sirvientas adquieren conocimientos muy especializados en algunos ámbitos, según la profesión de sus patrones: los pasos de una operación de cirugía estética o de una audiencia, las negociaciones de un proyecto urbanístico o de un plan de despidos, la preparación de un desfile de moda o de la inauguración de una fundación. «A través de terceros», viven la vida profesional de sus señores y se impregnan de ella, hasta tal punto que les da la impresión de trabajar un poco con ellos, y no para ellos. A veces, eso provoca confusiones, como cuando le pregunto a Filipa qué hacía antes de reunirse conmigo:

—*No te preocupes por el retraso... ¿Estabas muy ocupada?*

—¡Sí! Estábamos eligiendo la cubierta... ¡Una elección complicada! Las fotos eran geniales, nos costaba mucho decidírnos.

—*¿La cubierta?*

—¡Sí! El libro sale dentro de unas semanas y todavía... todavía no está decidida.

—*Pero ¿tú también la has elegido con tu señora?*

—¡Sí! Yo le tiendo las fotos y ella me dice si le gustan o no, entonces yo las clasifico y luego las ordeno en carpetas, antes de que ella se marche. ¡Pero esta mañana la cosa se ha alargado muchísimo porque nos gustaban todas!

El libro al que se refiere Filipa es una antología de poemas contemporáneos que publicará la editorial en la que trabaja su jefa. Filipa es una chica para todo. Es argentina, tiene cuarenta y seis años, está divorciada y es madre de tres hijos. Su padre, ya fallecido, trabajaba en una tintorería y su madre, pese a su avanzada edad, sigue siendo lavandera en una casa de Argentina. Filipa contesta a mi primera pregunta en francés, aunque yo me había puesto en contacto con ella en español. Entonces sigo en francés, antes de volver al español para preguntarle si ha elegido la cubierta con su señora. Ingenuamente, había pensado que Filipa había confundido la primera persona del singular con la del plural, hasta que me doy cuenta de que, incluso en su lengua materna, se identifica con la elección de su patrona. Ese uso del «nosotros» y de los verbos conjugados en primera persona del plural es muy frecuente en boca de las sirvientas, que constantemente asocian sus pensamientos y sus actos con los de sus señores. Filipa, cuya patrona es directora artística, ha atesorado una cultura enciclopédica sobre la historia de la fotografía y la edición. En cinco años al servicio de esa señora cultísima, Filipa ha ordenado todas sus carpetas y ha archivado multitud de antiguas ediciones de libros, así como de fotografías. Se ha pasado horas enteras leyendo obras de la inmensa biblioteca de su despacho, mientras la esperaba durante una reunión, una presentación o una sesión de firmas. Sin embargo, jamás puede pronunciarse en la toma de decisiones. La selección de la fotografía para la cubierta es un ejemplo de tantos en que nadie le pide su opinión: cada una se queda en su lugar en esa relación asimétrica, hasta tal punto que Filipa vive la elección de su jefa como su propia elección. El plural cobra todo su sentido cuando me confiesa: «De todas formas, tenemos el mismo gusto, ella y yo».

Durante la investigación, las sirvientas alaban la generosidad de sus señores. Forma parte de su papel: deben demostrar que sus patrones son excelentes. Pero, por muy entusiastas que parezcan, esa generosidad está regida por unas reglas más o menos explícitas que mantienen unas fronteras y unos límites infranqueables. La patrona de Filipa nunca le ha prohibido explícitamente dar su opinión sobre las fotografías para la cubierta, pero Filipa sabe de antemano que no debe darla, que debe conformarse con escuchar, con observar, con empamparse de todo y mostrarse de acuerdo con todo lo que le dice y le transmite su jefa. El vínculo entre señores y sirvientas no se reduce a una relación profesional clásica. Está a medio camino entre la de un profesor con su alumno y la de un padre con sus hijos. Entraña una dimensión socializadora, que alimenta otro aspecto de la *illusio*: formar parte de la misma familia, pese a no proceder del mismo mundo. Desde que entran al servicio de los ricos, las sirvientas escuchan a menudo que ellas también son miembros de la familia. El dinero que ganan, los regalos que reciben, la habitación de la que disponen, los libros que leen, la música que escuchan, el arte de poner la mesa y la manera de vestirse para servir en una cena con invitados emanan de los comportamientos paternalistas de sus patrones. El hecho de que estos las acojan bajo su ala alimenta sueños que explican la emoción que les causa ser conscientes de que están en deuda con ellos. Por su parte, los patrones desempeñan regularmente su papel de transmisores o de consejeros, sea en materia de dinero, de códigos, de valores o de gustos. Ese papel es especialmente marcado entre los aristócratas. Sus antepasados, sus abuelos, sus padres y ellos mismos crecieron con sirvientas, que siempre han formado parte de su vida familiar. De ahí que su cometido sea tratarlas casi como a sus propios hijos. No es de

extrañar, pues, que las sirvientas, como Solal, sientan que «crecen».

Durante mi investigación, conocí a numerosos señores que afirmaban que su sirvienta era «como su propio hijo (o hija)» e insistían en el hecho de incluirla en la familia. A veces, se adelantaban a mis preguntas, como en este extracto de un correo electrónico que me escribió Françoise, una aristócrata de ochenta y nueve años, en respuesta a mi petición de entrevistarla:

Será un enorme placer colaborar con su investigación. Las sirvientas son nuestro legado, son nuestra familia. Siempre he mantenido una relación muy estrecha con mis mayordomas. Me encantaría compartirlo con usted.

Pocos días después de recibir este correo electrónico, me reúno con Françoise en su piso parisino. Nos pasamos la tarde charlando sobre su infancia, su matrimonio con un oficial del ejército, sus mudanzas, sus vacaciones y sus hijos. Françoise era ama de casa, pero durante unos años trabajó de secretaria médica en la consulta de su primo. Un paréntesis en su vida, que contó con el apoyo de su marido, pese a las críticas de otras mujeres de su entorno. Françoise deseaba sentirse útil y conocer el mundo laboral. Si pudo trabajar fuera de casa fue gracias a dos sirvientas, que cuidaron de sus hijos en su ausencia. «Al igual que mi madre, siempre he tenido ayuda en casa.» Me enseña unas fotografías en las que aparecen, en fila junto a su madre, las once criadas que trabajaban en el castillo de sus padres. Françoise se acuerda de anécdotas protagonizadas por cada una de ellas. Martine, la cocinera, le daba magdalenas recién sacadas del horno a escondidas. Alphonse, el jardinero, había construido una cabañita al fondo del jardín para ella y sus dos her-

manos. Souleyman, uno de los chóferes de su padre, la llevaba al colegio de vez en cuando, los días de lluvia. Mientras va hojeando el álbum de fotos y yo cojo de la biblioteca los libros que me indica, Oxana, su mayordoma, nos sirve el té y se acerca regularmente para preguntarnos si necesitamos algo. Cada vez, Françoise le contesta «No, hija mía».

Después de treinta y tres años de vida en común, Françoise considera a Oxana, de cincuenta y nueve, su propia hija. «Nos llevamos treinta años, ¡así que podría haber sido mi hija!» Françoise me explica cómo le enseñó francés, en una época en la que Oxana solo hablaba ruso. Dice que le salvó la vida: para escapar de un matrimonio forzado, Oxana huyó de Rusia y se refugió en la iglesia que frecuentaba Françoise. Primero la ayudó el cura y, posteriormente, Françoise, que la acogió en su casa a cambio de que la sirviera. Siempre le pagó la ropa y las visitas médicas, y se la llevó de vacaciones. Cuando me cuenta anécdotas de sus tres décadas de vida en común, Françoise repite que quiere a Oxana como si fuera su hija y su madre. «Es un toma y daca», lo resume. De niña, las sirvientas la cuidaron y, más tarde, fue ella la que cuidó a sus propias sirvientas. Ahora, de nuevo, Oxana la cuida a ella: Françoise tiene menos energía para instruirla y regalarle «miles de cosas», pero ya sabe que, cuando se muera, Oxana servirá a su hijo y a sus nietos. Se van a hacer cargo de Oxana y le van a asegurar «una jubilación plácida».

Esa clase de anécdotas no son ninguna novedad. En Francia, en torno a 1900, numerosas criadas procedentes del campo acudían a París con la esperanza de entrar al servicio de alguna familia que, a cambio, pudiera educarlas y cuidar de ellas.¹⁵ Hoy en día, pese a que las dinámicas migratorias han cambiado, la adopción de sirvientas consideradas vulnerables e ignorantes por parte de patronas sigue siendo la norma. Los

discursos y las prácticas maternalistas pretenden incluir a las sirvientas en la familia, curándolas y educándolas, como si fueran niños que conviene espabilar, acompañar y apoyar. En contrapartida —obligatoria, algo que convierte ese intercambio en algo muy desigual—, las sirvientas deben cuidar de sus patrones, servirlos y colmar sus deseos. Lo que cuenta Françoise remite a una lógica de don y contradón muy corriente en el universo del servicio doméstico y, en general, en los servicios y los cuidados personales a domicilio.¹⁶ Sella un contrato —oral y moral a la vez— asimétrico, pero que conlleva obligaciones de cuidados mutuos.

Al proclamar que las sirvientas son miembros de su familia, al demostrar que les salvan la vida y que son responsables de su felicidad, los ricos se sienten autorizados a dejarse servir y a ejercer su dominación. Es parte de la *illusio* del servicio doméstico: la asimetría entre señores y sirvientas queda compensada —y a menudo enmascarada— por el hecho de que los patrones hablen y actúen como benefactores. Se trata de una forma de violencia simbólica.¹⁷ Oxana no está obligada, por medio de la violencia física, a servir a Françoise y a su familia durante toda su vida, pero tácitamente sí lo está porque Françoise asegura que le salvó la vida. Así, de manera sutil e invisible, los multimillonarios consiguen que sus sirvientas estén en deuda con ellos.